

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 142

Plática moral del presbítero bachiller don José Antonio Jiménez de las Cuevas,  
implorando la pacificación reino

### PLÁTICA MORAL

*Y una de las treinta y tres, que por mañana, tarde y noche se tuvieron en el solemnísimos novenario y cuatro días posteriores, que con suma edificación de los fieles se han celebrado en la Iglesia del Espíritu Santo de la Ciudad de la Puebla de los Ángeles a honor de estos soberanos espíritus nuestros Custodios, implorando del todopoderoso la pacificación interior del reino contra los insurgentes de la tierra adentro. Dijola la noche del 24 de Octubre de 1810, el presbítero bachiller don JOSÉ ANTONIO JÍMENEZ DE LAS CUEVAS, colegial y catedrático de prima de Sagrada Teología en el Real y Pontificio, Seminario Conciliar Palafoxiano de dicha ciudad. Danla a luz tres individuos amantes de la religión y de la patria, con el fin preciso de que se impongan en estas doctrinas las personas pobres que no pueden conseguir otros papeles públicos.*

Ecce videntes clamabunt foris, ángeli pacis amarè flebunt. Isaie cap. 33. V. 7.

He aquí los que lo vieren, clamarán fuera de la ciudad, y los ángeles de paz llorarán amargamente.

1. AMENAZADA POR TODAS PARTES la ciudad santa de Jerusalén, imagen viva de la santa Iglesia militante, de un asedio, de una cerco terrible insoportable, de un incendio y devastación universal por las tropas incontables del impío rey Senaquerib , que como enjambres de langostas inundaban y talaban toda la Judea; cuando más desesperado el auxilio de los hombres, se apronta benignamente el del cielo, y no solamente atiende el señor de los ejércitos a los deseos de los pobres, como dice David, sino que sola la

preparación del ánimo para dirigirle sus súplicas, se da ya por escuchada: *Desiderium pauperum exaudivit dóninus: praeparationem cordis forum audivit auris tua.*<sup>1</sup> ¿Y para qué? Para hacerle justicia al pupilo y al humilde, a fin de que no vuelva a emprender el hombre soberbio y arrogante engrandecerse y henchir con su dominación toda la tierra. *Tudicare pupillo et humili, ut non appanat ultra magnificare se homo super terram.*<sup>2</sup>

2. En efecto, el señor dios de los ejércitos arrebató en espíritu al Evangelio profeta Isaías, y mucho antes que Senaquerib se acerque a las inmediaciones de Jerusalén, que siente sus reales, y que dé sus órdenes para el asalto, le dirige la palabra en estas terribles y majestuosas expresiones: “Ay de ti que has hecho presa de la Judea! ¿No es cierto que algún día serás presa de mi divina venganza? ¡Ay de ti que desprecias! ¿No es cierto que serás también despreciado? Sí, en el momento en que consumes tu depredación, serás tú presa de dos hijos tuyos (Adramelech y Sarasar) que con sus propias manos te quitarán la vida. Y cuando ya fatigado dejares de despreciar, serás tú también despreciado.” Sea así, señor, ten misericordia de nosotros; tú eres nuestra expectación; se tú también nuestro brazo fuerte en la mañana, y nuestra salud en el tiempo de la tribulación. Sí, sí; yo veo desde ahora que a la voz de un ángel huyen los pueblos; tu exaltación divina, tu omnipotente brazo ha derrotado sus numerosos ejércitos, ha dispersado las naciones que los componían; el ángel enviado del señor acabara en una sola noche al filo de su espada con ciento ochenta y cinco mil combatientes de aquel asombroso ejército. Se ha engrandecido el señor, porque su habitación es en lo excelso, y ha llenado al monte Sion del juicio y la justicia.<sup>3</sup> “Lo habéis oído? Pues tal es vuestro paradero, tiranos de la Iglesia y de la humanidad afligida,

---

<sup>1</sup> Psalm. 9. V.

<sup>2</sup> V. 18.

<sup>3</sup> Isaías cap. 3. V. 1. 2. 3. 5.

hombres emprendedores, proyectistas inicuos, revolucionarios infames. Vosotros no habéis contado jamás con que sobre un excelso hay otro excelso, y sobre todos los del mundo un supremo dominador, rey de los siglos, inmortal e invisible, justísimo; remunerador, contra quien no hay prudencia, no hay sabiduría, no hay consejo que pueda resistirse. Senaquerib acaba a manos de sus propios hijos, Nerón por sus propias manos, Domiciano por las de unos conjurados, Valeriano cautivo sirve de escabel al rey de los persas cuando tiene que montar a caballo, Décio, Maximiano, Dioclesiano, Maxencio, Juliano, Valente, todos espiran mordiéndose las lenguas de rabia; y arrojando un puñado de sangre contra el cielo, exclama el impío Juliano al exhalar el alma: Venciste, Crucificado.

3. Pero si este es un triunfo tan feliz y tan completo, me diréis; ¿por qué el profeta Isaías a renglón seguido prosigue diciendo: He aquí que los habitantes de fuera de Jerusalén clamarán lastimosamente, y los ángeles de paz llorarán con amargura inconsolable? *Ecce videntes clamabunt foris, ángeli pacis amarè flebunt*. Los caminos se hallarán cortados, no habrá quien los transite, el pacto del señor quedará anulado por los impíos que han proscrito las ciudades, y han reputado por nada a los hombres. Lloró y quedó desmayada la tierra, confundido el Líbano, Sarón convertido en desierto, Basán y el Carmelo estremecidos.<sup>4</sup> Es, hermanos y señores impíos, porque el justísimo señor de las venganzas vende muy caros sus beneficios, cuando en lo anterior hemos abusado de sus bendiciones y favores; es también, porque sufriendo el rigor de la venganza, hagamos mayor estimación y aprecio de la grandeza de sus dones; y es últimamente por la causal que daba el apóstol San Pablo a sus discípulos los de Corinto, porque en medio de las turbulencias de las divisiones, y aún

---

<sup>4</sup> Isaías cap. 33. V. 7. 8. 9.

de las herejías, *qui probati sunt, manifesti fiant in vobis*,<sup>5</sup> los que estáis aprobados en el acatamiento del altísimo, los hombres de bien, los verdaderos cristianos os deis a conocer al mundo, a los ángeles y a los hombres. Mas como este número por grande que sea, es un determinado número de fieles, y a correspondencia serán muchos los que perezcan, siempre tendrán hartos que llorar y lamentar los ángeles de la paz; ya entendamos por ellos aquéllos tres embajadores que el santo rey exequias envió a contestar con los tres enviados de parte del rey Sanaquerib; ya que con el padre San Gerónimo entendamos a los santos ángeles del cielo, custodios del santo templo de Jerusalén; o ya finalmente a los sagrados apóstoles y a todos sus sucesores en la obra apostólica del ministerio sacerdotal, llorarán amargamente. Y si nosotros queremos ya contraernos a nuestras presentes circunstancias, tendrán todos, digo y repito, mucho y muy amargo que llorar, si se consuma la obra de la división de ánimos y contradicción entre los mismos que debíamos reconcentrarnos, y estrecharnos más y más diariamente, para sostener una causa tan santa, tan gloriosa, tan útil y ventajosa para todos los partidos. En dos palabras que harán la división de mi pobre discurso.

“Llorarán amargamente los santos ángeles custodios para una división y revolución tan injusta como irracional. Primera parte.”

“Y si no ponemos unos y otros el oportuno remedio, que dicta la caridad y la razón, llorarán amargamente, por no poder socorrernos en esta desastrada lucha. Segunda parte.”

¿Pero con quién estoy yo hablando, Hermanos míos muy amados? No, no hablo por cierto con la ínclita Ciudad de la Puebla de los Ángeles, con la ciudad de la paz, con el centro de la tranquilidad y de la unión, con la fidelísima Puebla,<sup>6</sup> que se ha hecho sorda a todas las instituciones de los inquietos y cabilosos, principalmente de año y medio a esta

---

<sup>5</sup>Epist. 1. cap. 11. V. 19.

<sup>6</sup>Véase la nota al fin.

parte, que ha escuchado con horror y asombro los alborotos de otras poblaciones, y que ha levantado mil veces las manos al cielo pidiéndole, que confunda los consejos de todo malvado Achitofel. No, señores, de ninguna manera, no quiero haceros un agravio tan inicuo; pero si es que hay entre vosotros alguno o algunos de aquéllos genios bulliciosos y mal aconsejados, sean del uno, o sean del otro partido, con estos si hablaré, a éstos dirigiré todas mis expresiones, por si tengo la dicha de hacerlos entrar en acuerdo, reducirlos a tomar unas resoluciones capaces de acabar con todo motivo de resentimiento para lo sucesivo. Dispensadme, Señores, la franqueza con que me explicaré, y hacedme la gracia de suspender vuestro juicio hasta haberme escuchado plenamente. Comencemos con el favor divino, el de la reina de los ángeles María Santísima nuestra señora, y de estos mismos soberanos espíritus.

Cuánto se obra en el cielo y en la tierra en orden a nuestra santa religión, todo, todo dice el apóstol San Pablo que es a beneficio de los electos, para que ellos lleguen a optar algún día la prometida salvación: *Omnia propter electos, ut et ipsi salutem consequantur.*<sup>7</sup> He dicho que en el cielo y en la tierra, porque aún los ángeles santos, no sólo los que inmediatamente nos sirven de custodios, pero aún los de la suprema jerarquía, los tronos, querubines y serafines, todos todos son espíritus administradores enviados a la obra del ministerio a favor de aquéllos, que han de obtener la herencia felicísima de la salvación: *Omnes sunt administratorii spiritus in ministerium, propter eos missi, qui haereditatem capiunt salutis.*<sup>8</sup> En esta suposición, señores, si los santos ángeles fueran capaces de dolor y sentimiento, ¿qué congoja, qué aflicción, qué llanto tan amargo no les costaría el ver divididos, discordes, y devorándose entre sí a los mismos hijos de la salvación eterna, a sus

---

<sup>7</sup> Epis. 2. ad Timoth. Cap. 2. V. a0

<sup>8</sup> Apost. ad. Hebr. Cap.1. V. 14.

amados clientes, a la porción selecta de la Iglesia Católica?

¿Y cuánto más si se quiere blasfemar diciendo que no atacan la religión esta discordia, y estas empresas de iniquidad y fiereza? ¿Cuánto más con mucho, si se quiere favorecer y patrocinar con la misma santísima y rectísima religión católica ya la rebelión contra el legítimo y jurado soberano, ya la agresión, el robo, el saqueo, y dilapidación de los bienes del prójimo, o ya el insulto, el agravio y daño a su persona, a su honor y a su vida? No, no, religión adorable, no son éstas las máximas que tú me has inspirado desde mi cuna; yo adoro tus divinas revelaciones, venero las divinas escrituras en que tú estás sanjada, las abro una y mil veces, las escudriño, y no encuentro sino palabras terminantes que de boca del mismo salvador me intiman: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.<sup>9</sup> Toda alma, me dice el apóstol San Pablo, toda alma sin excepción alguna esté sujeta, subordinada, obediente a las potestades más sublimes; porque le hago saber, que no hay potestad legítima que no venga de Dios; por otra parte las cosas que vienen de Dios, todas están bien ordenadas; luego (¡qué consecuencia tan terminante la del santo apóstol!) luego el que resiste a la legítima potestad, resiste a la ordenación divina; y los que la resisten (escuchadlo todos, grandes y pequeños), y los que la resisten, ellos mismos se adquieren la condenación, de Dios y de los príncipes.<sup>10</sup> Por lo mismo, sigue intimando poco más adelante, es indispensable que os mantengáis sujetos a ellos, no sólo por el temor del castigo, sino también por obligación de conciencia: *Ideo necessitate subditi estote non solu propter iram, sed etiam propter conscientiam.*<sup>11</sup> Pues no sólo al rey debéis estar sujetos, añade mi venerado padre San Pedro, sino también a sus ministros como enviados por ellos:

---

<sup>9</sup> S. Math. cap. 2. V. 21.

<sup>10</sup> Apost. Ad Rom. Cap.13. V. 1. 2.

<sup>11</sup> V. 5.

*ive Regi, quasi praecelesti; sive ducibus, tanquam ab oe missis.*<sup>12</sup> Sí, yo me ratifico, yo adoro esta divinas palabras, yo las venero, lo mismo que venero el símbolo de la fe que profesé en mi bautismo; yo quiero vivir y morir en esta santa fe y creencia; yo anatematizo y excomulgo con el apóstol San Pablo al que pusiere otro fundamento, al que enseñare otra doctrina contraria a esta divina, y las demás que nos enseñan el amor del prójimo y la justicia que se le debe guardar a cada uno. Y no sólo anatematizo a todos los hombres, y aun a mí mismo, si cayere en este delirio; pero aún a los ángeles del cielo, si fuera que tal aconteciera, aun al ángel del cielo lo sujetaría al mismo anatema. Lo dicho dicho, sea excomulgado: *Sicut praedixi, et iterum dico: Anatema sit.*<sup>13</sup> Pero no siendo esto posible, siendo antes los santos ángeles los que dieron en nombre del señor la Ley Antigua, y los custodios de los muros de la Nueva Jerusalén Militante, y del cuerpo incorruptible de sus sagradas doctrina; queda ya demostrado un muy poderoso motivo de amarguísimo llanto para esto soberanos espíritus.

Pues aún hay más, y mucho que procuraré reducir a esta única comparación. La nación judaica, hermanos míos, después de entregadas todas las otras a la idolatría y al abandono, fue sola escogida para ser depositaria de la Iglesia, de las divinas repleciones, del culto del señor, de su templo, su sacerdocio, sus sacrificios, y sobre todo de sus promesas; pero principalmente de aquéllas que les aseguraban que de ellos mismos, de su misma sangre y prosapia había de nacer un día el redentor, que los rescataría de la esclavitud del pecado, lo que no podía hacer la Ley Antigua; que los redimiría de las rígidas y gravosas observancias de aquélla ley propia de esclavos, para trasladarlos a la nobilísima condición de hijos, de herederos, y no de huéspedes o advenedizos en la casa de Dios, y que

---

<sup>12</sup> S. Pt. Epist. 1 cap. V. 13. 14.

<sup>13</sup> Ad Galat. cap. 1. V. 9.

últimamente les abriría las puertas del cielo cerradas por el espacio de cuatro mil años desde el instante que Adán se perdió, y nos perdió a todos con su pecado. Ahora bien, señores, ¿cuál era el instante felicísimo en que se habían de realizar tan grandiosas y magníficas promesas? Era, católicos, el instante memorable y singular de la muerte sagrada de nuestro redentor; en ese instante había de ser exaltado el hijo de Dios a beneficio de los judíos, había de ser juzgado el mundo, y el príncipe de las tinieblas arrojado de la usurpada posesión. Pues puntualmente en ese mismo día, en ese momento fue cuando perdieron toda la felicidad que se le había prometido con magnífico aparato, negaron al hijo de Dios por su rey, y reconociendo más bien al que los había tiranizado, pidieron a voces su muerte en el más afrentoso patíbulo, y exclamaron, que su sangre inicua y derramada cayera en maldición sobre ellos y sobre sus hijos. Esta desgracia insoportable era según varios santos padres la que les anunciaba Isaías, que llorarían amargamente los ángeles de la paz; y las mismas proporcionalmente, y por los mismos términos llorarían de nosotros si llegase a consumarse este proyecto de iniquidad. Haced conmigo la aplicación por vida nuestra.

Trescientos años ha, me diréis, que estamos esperando y deseando nuestra felicidad política y no acaba de llegar. Poco a poco: sabed que si ha llegado y comenzado esta época memorable en los años de mil ochocientos nueve y mil ochocientos diez. Miradlo claro. ¿Os quejabais de que la nación americana estuviera siempre pospuesta y en el segundo lugar de la monarquía? Pues sabed que habéis sido elevados a igualaros en todos derechos con la misma España antigua nuestra madre. ¿Sentíais no tener parte en el alto gobierno de la nación? Un hijo del reino, elegido por nosotros mismos, ocupa el solio Real en representación de nuestro adorado FERNANDO VII, que Dios conserve ¿Carecíais de representación para poder reclamar vuestros derechos, porque vuestras representaciones, si las hacíais, habían de pasar por manos extrañas y tal vez desafectas? Se os manda elegir

unos representantes a vuestro gusto y contemplación, hijos del mismo suelo, acreditados por vosotros mismos, y autorizados con un poder irresistible. Y a más de esos representantes cada uno de vosotros tiene concedida por el mismo soberano amplísima facultad para tomar la pluma y pedir, alegar y reclamar cuánto estime racionalmente conducente a la felicidad americana..... ¿Qué más? ¿Se embotaban y entorpecían las buenas providencias en manos de algunos jueces, o bien desamorados, o bien celosos de vuestra felicidad? El Gobierno aborreciendo toda malversación, va a poner en manos de los mismos ayuntamientos, de los mismo indianos la ejecución de las leyes benéficas, que van a establecerse y sancionarse en la actuales Cortes, que se están celebrando.¿Y sería posible, hermanos y señores míos, que en el punto mismo en que va a comenzar la época memorable de nuestra felicidad, nosotros mismos, nosotros los americanos la quisiéramos destruir, aniquilar y sepultar para siempre entre las ruinas de la antigua España y de la América misma? ¿No sería esto clamar al cielo por nuestro propio castigo? ¿no sería esto decir a voces que la sangre inocente que se derramase en esta desastrada empresa, cayese sobre nosotros y sobre nuestros hijos para eterna sal, para eterno oprobio, para eterna desolación de la infeliz América? ¿Y no llorarían amargamente los santos ángeles sobre nosotros, como allá lloró Jesucristo nuestro señor sobre Jerusalén, diciendo: ¡Ay de ti desgraciada ciudad! ¡Que si a lo menos en este día que se te ha dado, conocieseis tú lo que te puede traer la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrá para ti un tiempo en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te cerrarán a la redonda, y te estrecharán por todas partes y te echarán por tierra a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no te dejarán piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada. Pero basta.

Hasta aquí, Señores, he hablado con mis hermanos americanos; ahora para facilitarme el conciliar los ánimos de uno y otro partido, debo hablar también con mis

hermanos los europeos, a fin de que en la parte que les toque, remuevan a sus prójimos toda piedra de escándalo, y todo motivo de llanto a los santos ángeles de nuestra guarda. Y ante todas cosas deseo arrancar de sus corazones la falsa impresión en que muchos viven, de que todo americano aborrece decididamente a todo europeo. No, no hermanos míos muy amados, arrojad de vosotros tan aciaga y nociva preocupación; bastante bien se ha declarado nuestro modo de pensar en orden de vosotros en las presentes circunstancias, por la devoción, por el fervor, por el ahínco con que todos hemos concurrido a la celebración de este solemnísimos novenario, y con unos concursos tan numerosos a las distribuciones de la mañana, tarde y noche, con las oraciones y sacrificios, con las penitencias, con las espontáneas limosnas aún de aquéllos a quiénes no se les ha llegado a pedir considerando su indigencia, y con la unción divina que se ha palpado a sólo el anuncio público de que se iba a celebrar esta piadosa rogativa. Bien visible es la unión, el amor, la estimación, la veneración, respeto y amistad sólida que se han merecido en todos tiempos y se merecen en el día muchísimos de vuestros paisanos. ¿Pero quiénes? Aquéllos europeos de condición dulce, de un carácter suave y compasivo, de una benéfica índole, de unas intenciones rectas, y amantes de la pública felicidad. Los obradores de paz en sí y en otros, los que corren y han corrido por esas calles en busca del necesitado, los medios en sus palabras, los comedidos en sus acciones, los jueces íntegros, y qué más han sido padres que jueces. Pero para decirlo todo en un solo rasgo, y no contraerme ni a los vivos del día, ni a los difuntos de los tiempos más remotos, acordaos os ruego, Católicos de los días quince y dieciséis de mayo de este presente año, y todo el tiempo posterior; acordaos de aquél venerable europeo<sup>14</sup> sacerdote fiel, y religioso observantísimo, padre igualmente de los europeos que

---

<sup>14</sup>El R. P. presentado fray José de Prado dominicano.

los americanos; y decidme por vida vuestra: ¿Quién fue el que no tuvo por muy suya la falta de un europeo semejante? Contad, si podéis, las lágrimas que se derramaron sobre su cadáver, y se derraman aún sobre su sepulcro; contad los suspiros, los sollozos las exclamaciones al cielo, y las expresiones tan vehementes que todos escuchamos, hasta llegar a decir algún Americano, que hubiera dado de todo corazón un hijo suyo en rescate de aquella preciosísima vida. Id y decidles que era europeo, y que por tanto no tienen que sentir.... ¡Ah! Dios y Señor mío, Dios justo y terrible en tus consejos, yo adoro tus insondables decretos, no pretendo juzgar tus determinaciones; pero sí lamento la falta que puntualmente para esta oportunidad nos hace este venerable sacerdote. ¿Qué no haría él en el día para acabar con una división tan odiosa, peligrosa y aciaga; para conciliar los ánimos, y para contener a los inquietos, imprudentes y arrojados? Él, si encontrara con alguno o algunos europeos díscolos y mal aconsejados, les gritaría desde esta cátedra del Espíritu Santo: ¿Queréis, Paisanos míos, vivir en paz y seguridad, ser amados de todos, y extinguir enteramente esta maldita cizaña de la división? Pensad con la nobleza y generosidad que piensan vuestros paisanos, amad a vuestros prójimos con la sinceridad con que ellos los aman, hablad con la moderación, consideración y prudencia con que ellos hablan, obrad con la circunspección, beneficencia y honradez con que ellos obran. Proteged, si podéis, a los desvalidos, introducid en las Américas las artes, los oficios e industrias de la península; para dar así ocupación y subsistencia a un pueblo que no tiene con que ganarse sus sustento; fomentad los establecimientos benéficos, esparcid las buenas luces que hubiereis adquirido, de manera que luzca vuestra luz delante de los hombres de tal suerte que ven vuestras buenas obras y alaben a vuestro padre que está en los cielos.

Y en fin si lo unos y los otros queréis todavía un ejemplar de más alta graduación, que ni sea de europeo, ni sea de americano, os presentaré desde luego el de los mismos

santos ángeles objeto de nuestra presente veneración: miradlo claro. Ya sabéis, que los santos ángeles son superiores en naturaleza a los hombres desmedidamente sobre toda ponderación; pues sabed, que el señor Dios ha querido hacer a los hombres iguales a los ángeles mismos en los dones de la gracia y de la gloria respectivamente;<sup>15</sup> ¿Han reñido por esto los ángeles contra los hombres alguna vez? Jamás, de ninguna manera. Pues aún hay más todavía: el señor Dios ha querido elevar a los hombres concediéndoles muchas ventajas sobre los ángeles. Oíadlo, asombraos y agradecedlo. No tomó la naturaleza angélica, y si tomó el hijo de Dios la naturaleza humana, encarnando y haciéndose hombre como nosotros. No quiso tomar las perfecciones de los ángeles, y sí quiso tomar las flaquezas de la naturaleza, el hambre, la desnudez, y trabajos de los hombres, a excepción del pecado. Padeció y murió por redimir al hombre pecador y no quiso morir ni aplicar su redención a los ángeles que cayeron. ¿Habrá por esto celos, contiendas emulaciones en los santos ángeles? Nada menos que eso; todo lo contrario. Ellos mismos son los custodios de los hombres, sus tutores, sus conductores, y defensores, no sólo contra el partido de los hombres perversos, sino también y principalmente contra el partido de los ángeles revelados. Y no sólo esto, sino que siendo los ángeles custodios los del ínfimo coro, trabajan inmensamente por colocar a sus clientes y encomendados allá en la más alta jerarquía.

Y si por fortuna se convierte y hace penitencia un solo pecador en el mundo, se llena de un regocijo extraordinario no sólo el ángel custodio de aquél individuo en particular, sino toda la corte celestial del Empíreo: *Sic erit gaudium coram Angelis Dei*

---

<sup>15</sup> D. Tho. 1 p. q. 20. art. 4. ad 2.

*super uno peccatore poenitentiam agente.*<sup>16</sup> ¿Y para esto, por último, que es lo que ejecutan ellos por lo común cuando se aparecen visiblemente a los hombres? ¿Toman por ventura la forma del sol, de la luna, de las estrellas, o de otras criaturas preciosas? No, lo corriente es tomar la forma de un hombre, la figura del hombre, el lenguaje y modales del hombre.... ¡Ah! americanos, americanos, haceos europeos con los europeos, como lo sabía hacer el apóstol San Pablo; europeos, hermanos míos, haceos americanos con los americanos, y a beneficio de los americanos, y se terminó la presente disputa. De lo contrario no solamente llorarán los santos ángeles vuestra división y discordias; sino que llorarán amargamente el no poder favorecer ni a los unos ni a los otros, que es mi segunda parte, la que procuraré demostrar con la posible brevedad.

Es preciso asentado de la teología mística para acertar a discernir el bueno del mal espíritu, que cuando las infusiones, arrobos y revelaciones vienen de parte del Espíritu Santo, comienzan sí con turbación, sorpresa y agitación interior, proveniente de la grandeza y majestad tremenda del señor que les habla, y se les hace presente; pero después o bien poco a poco, o bien en un momento se encuentran las almas en una dulce calma, tranquilidad, paz y seguridad, que excede a todo consuelo y a todo bien exterior, dejando sosegadas las pasiones, enfrenada la imaginación, recogido el espíritu en su Dios, y mejorada toda el alma en su aprovechamiento. Pero si esta oración infusa, arrobos y revelaciones vienen del espíritu maligno, comienzan por el contrario por una paz falsa, por una calma que no tocando en lo íntimo del alma, dónde sólo puede penetrar la Trinidad Augustísima según el axioma teológico, no puede tampoco ser duradera ni sólida; antes declina al instante en turbación, tedio, impaciencia, desbarato y todo mal efecto para propio del príncipe de las

---

<sup>16</sup> S. Lucas cap. 15. v.10

tinieblas, padre de la mentira y seducción, y enemigo declarado de la humana felicidad. Con más, que aún cuando quiera él reparar este daño, ya no puede. Notadlo bien: puede causar lo con sus sugestiones e impresiones, pero no puede de ninguna manera repararlo; ya por la razón dicha de que no puede entrarse a lo íntimo del alma e inclinarla a donde quiera, como lo hace el omnipotente; ya porque el señor ha dado esta sentencia, y es muy justo que se cumpla, que el alma fiel a la divinas gracias sea tormento de sí misma, y que palpe lo que puede sin su Dios (arruinarse, perderse y nada más); y ya porque entra en este abandono, y es una gran parte suya, el abandono, el retiro de los santos ángeles de nuestra guarda, por haberse el alma negado a escuchar sus saludables inspiraciones, y haber dado oídos por cierto principio de soberbia a las diabólicas sugestiones del enemigo. Ahora bien, hermanos míos, aquí de vuestra atención: ¿Si esto pasa en las almas santas, en los puntos elevadísimos de la mística, en unas sutilezas que apenas aciertan los teólogos más sabios a distinguirlas, y en que es muy fácil equivocarse las almas sencillas e ignorantes; ¿qué abandono de Dios y de sus santos ángeles no merecerá, no un sencillo, no un ignorante, sino un maliciosos, un malvado, y todos los otros genios malignos y díscolos, que quieran inspiraros la infame y mil veces condenada doctrina de que aborrecáis a vuestros prójimos contra los expresos y bien claros mandamientos del señor; amarás a tu prójimo como a ti mismo; no harás a otro lo que no quieras que se haga contigo; bendecid, y no queráis maldecir a nadie. Y aún cuando me pudiera alguno asegurar, que éste o el otro era declaradamente su enemigo, yo le respondería con las palabras terminantes de Jesucristo nuestro Señor: ¿Habéis oído lo que enseñaban vuestros falsos doctores y maestros de la Ley; amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo? Pues yo os digo, yo os intimo todo lo contrario: Amad a vuestros enemigos, haced y colmad de beneficios a los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y os calumnias, para que de este modo seáis hijos

verdaderos de vuestro padre que está en los cielos, que hace nacerse sol sobre los buenos y los malos, y hace que lluevan sus nubes sobre las tierras y los sembrados de los justos y de los injustos. Porque si no perdonaréis de corazón a vuestros enemigos, ni vuestro padre, que está en los cielos, os perdonará a vosotros. Óyeme pues, americanos, escúchame europeo, quien quiera que seáis los inquietos y mal aconsejados, que.... Pero no me escuchéis a mí, escuchad otra vez al mismo Jesucristo señor nuestro: Si vas al templo a ofrecer tu sacrificio, y estás ya con él en las manos al pie de la grada del altar; como si dijera: Si vas a hacer oración a Dios y a sus santos, a implorar su patrocinio, y allí mismo te acordares de que tu prójimo, sea europeo, o sea americano, tiene algo que sentir de ti, deja ahí tu ofrenda al pie de la grada, anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vendrás y ofrecerás de un modo digno tu sacrificio; esto es, si quieres que sea bien recibido del altísimo; si no quieres que Dios y sus ángeles te abandonen; si no quieres que aquéllos cuatro ángeles del apocalipsis suelten contra ti los cuatro vientos de la desolación por las cuatro plagas del mundo; si no quieres que aquéllos otros siete ángeles derramen sobre ti aquéllas siete redomas de plagas, en que está profetizado que se ha de consumir el furor de la ira del señor, que ha de venir sobre toda la tierra.

Y si ha de venir, católicos, por manos de los santos ángeles, luego no pueden ellos favorecernos en unas empresas tan aborrecibles a Dios, a los ángeles, y a los hombres; luego llorarán amargamente de no poderse poner ni de parte de los unos, ni de parte de los otros, mientras unos y otros se gobiernen por principios de envidia, de encono, de odio, de dobleces y astucias para perjudicarse; como no pueden favorecer en la hora de la muerte al obstinado, que no quiere obedecer sus inspiraciones. He aquí, dice el señor al pueblo israelítico, que yo enviaré a mi ángel que vaya delante de ti conduciéndote, que te sirva de custodia en el camino, y te introduzca en el lugar que te tengo preparado; pero cuida de

observar escrupulosamente sus insinuaciones con toda reverencia, oye atentamente sus voces, cuida de no despreciarlo; porque no te abandonará cuando peques; quiero decir, ni abandonará enteramente el negocio de tu salvación eterna, ni tampoco te dejará sin castigo, aunque le cueste amargas lágrimas el no poder excusarlo.

Acabé, señores, cuando quisiera ciertamente comenzar de nuevo mi exhortación. No me culpéis: el asunto es de la mayor importancia, y temo que se peca mucho y muy gravemente en esta materia por falta de reflexión. Si, si, yo digo: pecarán mortalmente todos los que tomen parte en la revolución y la discordia presente, aún cuando no sea de obra, aunque sea sólo de palabra entre amigos de mucha confianza, aunque sea sólo de deseo, o por una simple complacencia o diversión; pecan, escandalizan a los otros, y se hacen reos de todas las resultas. Pecan mortalmente y se hacen igualmente reos de todos los pecados ajenos, y de todas las consecuencias y daños a que exponen a los unos prójimos escandalizándolos, y a los otros perjudicándolos, todos los que inventan noticias y hechos falsos, los que divulgan y aumentan las noticias funestas, y alteran las favorables con el ánimo maligno de inquietar al pueblo, de alarmarlo, de indisponerlo, y sembrar cizaña para infundirle desconfianza, irritarlo, mover rebelión y discordias; y aún cuando no llevasen semejante intención, si conocen que fácilmente pueden seguirse estas desgracias, pecan mortalmente, son responsables a los tribunales divino y humano, y no pueden unos y otros ser absueltos, mientras estén en esa maligna disposición, y no reparen los daños. Bien palpables son sus intenciones y sus artificios, los sabios los penetran a fondo, los buenos los lamentan, y los jueces no los ignoran ya.

Últimamente, señores, bajo el reato de pecado mortal estamos todos obligados, seamos europeos, seamos americanos, a deponer todo odio, mala voluntad y rencilla de los unos a los otros; las palabras y hechos odiosos, burlescos, insultantes y que puedan dar mal

sentido; a procurar los medios más eficaces de la reconciliación, a perdonarse mutuamente, a darse mutuamente pruebas expresas, continuas, perseverantes de amor, de reconciliación y unión, de mutua beneficencia y fraternidad. Y tanto ellos los que están discordes, como los que (gracias al Señor Dios) no lo estamos, tenemos obligación gravísima de no perder ocasión de cortar, extinguir y sepultar en un perpetuo olvido una rivalidad tan desastrosa, tan peligrosa, tan propia de demonios, como ajena de cristianos.

Pero hablemos de buena fe, y con la libertad santa que inspira el ministerio sacerdotal; esto ni lo ha de hacer solo el americano, ni lo ha de hacer sólo el europeo; ni el uno ni el otro son ángeles bajados del cielo; ambos tienen defectos, y necesitan sobrellevarse los unos a los otros hasta extinguir este maldito fuego de la discordia, y reducirnos todos a una paz a beneficencia mutua, que nos dé un solo corazón, una sola alma, unas solas sanísimas intenciones, y que nos haga uno en Jesucristo y con Jesucristo. Y de lo contrario, hermanos míos, nadie se queje, nadie diga delante de los ángeles que no hay providencia, que vele sobre las injusticias, dolos y venganzas de los mortales: *No dicas coram Angelo, non est providentia.*<sup>17</sup> Escuchadme este caso sacado de las actas sinceras de los mártires,<sup>18</sup> y estremeceos todos los que abrigáis resentimientos y mala voluntad.

En Antioquia, allá en los primeros siglos de la Iglesia se estimaban como hermanos Saprício Presbítero y Nicéforo secular; riñeron cierta ocasión hasta el punto de huirse la cara, si se encontraban. Pasado algún tiempo, vuelto en sí Nicéforo, y haciendo reflexión de que la enemistad es vicio de demonios, se valió de algunos amigos para que en su nombre pidiesen perdón a Saprício, y los reconciliasen; pero Saprício se negó a perdonarle. Nicéforo segunda y tercera vez le hizo hablar por medio de otros, pero siempre en vano. En

---

<sup>17</sup> Eccle. Cap. 5. v. 5.

<sup>18</sup> Ruinart. Tom. 1.

fin fue en persona a casa de Saprício, se echó a sus pies, y le dijo: Padre, perdonadme por nuestro Señor; más si aquél mal sacerdote duro e inflexible no quiso perdonarle. Entre tanto llegó la persecución, y Saprício fue preso. Confesó con valor, que Cristo Dios, es sólo Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra. Fue cruelmente atormentado en una prensa, se mantuvo constante, y fue condenado a muerte. ¡Qué ocasión tan oportuna para reconciliarlos! Nicéforo no la perdió; sabiendo que lo llevaban al suplicio, corre a su encuentro, se echa a sus pies, y le dice: Mártir de Jesucristo, perdonadme, si os he ofendido. ¡Dios mío, qué horror! Saprício no le responde. Insiste Nicéforo con más eficacia en otra calle, y por tercera vez en el lugar del suplicio. ¡Qué ilusión del demonio! ¿Creerse mártir del señor, y tener valor de comparecer en tan miserable estado en el tribunal del rectísimo juez? Pero el Dios de las venganzas lo había vomitado de su pecho muchos días había, y ahora lo priva de su reino, por haberse él apartado de su gracia y de la caridad fraternal; cuántas gracias y auxilios se le habían franqueado hasta aquél instante, se le retiran, lo abandonan, y se trasladan al corazón de Nicéforo. En efecto, el decirle el verdugo que se arrojara para vendarle los ojos, y cortarle la cabeza, exclama: que obedece al emperador, y que sacrificará a los dioses falsos. Al oírlo Nicéforo se estremece y le dice: No, hermano mío, no quieras negar a nuestro señor Jesucristo; no quieras perder la corona que has ganado con tantos trabajos y tormentos. Y viendo que Saprício no lo escuchaba, decía a grandes voces: Yo soy cristiano, y creo en nuestro señor Jesucristo a quién éste ha negado; hacedme pues morir a mí en su lugar. Uno de los verdugos va a informar de todo al presidente, y vuelve luego con la sentencia de muerte para el lego Nicéforo, y de libertad para el mal aventurado Sacerdote Saprício. En consecuencia.... ¡Oh justos juicio de Dios! ¡Oh terribles juicios de Dios! ¡Oh insondables juicio de Dios! En consecuencia logró San

---

Nicéforo la corona del martirio en premio de su fe, de su caridad con el prójimo, y de su humildad. O hermano mío americano, o hermano mío europeo, *tene quod habes, ut nemo accipiat coronam team*<sup>19</sup> Haz por conservar el tesoro de tu fe, y demás gracias que el señor te ha confiado; no sea que faltando tú a la caridad y justicia con tu prójimo, veas trasladarse de tu cabeza la corona que te estaba destinada, a la de aquél mismo que tu desprecias como émulo e indigno de tu atención.... No Señor, no permitáis vos que nuestra herencia inestimable se traslade jamás a los extraños. Pero si está ya dada esta tremenda sentencia irrevocablemente, concedme a mí la gracia de arrancarse antes de la tierra, porque no tendría valor para sobrevivir a tantos males; amo a mis prójimos (vos me lo mandéis), a todos los quiero ver unidos, en vos, y a todos les deseo vuestra bendición en el nombre del padre, del hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

(a) La ciudad de la Puebla debe al favor divino en la presente ocasión partidas, que le son muy gloriosas en testimonio de su fidelidad. Nuestro ilustrísimo prelado y toda su curia eclesiástica, el jefe político interino y el militar todos son Americanos; sus tropas regladas todas han marchado al ejército; los emisarios destinados a sublevarla, según se sabe de buen origen, eran por la menor cuenta siete; las tentativas para seducirnos, hechas con bastante artificio, astucia, y tenacidad, han sido harto perceptibles; sin embargo de todo, esta ciudad se ha mantenido en una asombrosa serenidad, y unión de voluntades; y acaso no habrá otra que la haya excedido esta vez en las obras de piedad, reforma de costumbres y uniformidad en la más sana doctrina. Trece novenarios públicos por lo menos (siendo este de los santos ángeles el primero y más circunstanciado), y algunos triduos, los más de éstos

---

<sup>19</sup> Apoc. Cap. 3. v. 1.

y aquéllos con una solemnidad extraordinaria, la divina palabra ministrada abundantísimamente por mañana, tarde y noche, continuándose los ejercicios nocturnos en todas las parroquias de orden de su señoría ilustrísima y en la Iglesia del Espíritu Santo con pláticas espirituales, a que se han comprometido treinta y un eclesiásticos, como también abundancia de confesores, sin otra infinidad de obras buenas y misas rezadas aplicadas al intento; son la gran cosecha espiritual, que hemos levantado desde mediados de octubre hasta últimos de noviembre, en que lo escribimos; dejando a otros el cuidado de observar lo que podemos haber omitido.

Pertenecen también a ésta afortunada diócesis el insigne Regimiento de las Tres Villas cubierto de gloria en el Monte de las Cruces; la nobilísima ciudad de Tlaxcala, que ha doblado ahora en un solo día toda la que se había contraído en la conquista del Reino; Veracruz, Zacatlán, Azúcar, Villa de Córdoba y su provincia y generalmente casi todos sus pueblos, que han estado en alarma contra los emisarios, o toda proposición, que aún remotamente indique conspiración. Nuestras tropas y sus dignos jefes han hecho un papel muy distinguido en Querétaro, San Miguel el Grande, Aculco y Guanajuato; y hasta la citada fecha todo ha sido honor, y nadie había muerto de los nuestros. No debe pues la Nueva España, ni menos la América toda, padecer degradación en sus derechos y ausiones, ni en la pública estimación, porque dos intendencias de este virreinato haya prevaricado; cuando las otras once o doce han hecho, y siguen haciendo ostentación heroica de religiosidad, fidelidad y patriotismo en todo género de sacrificios; así como no debe perder nada de sus glorias y derechos nuestra ínclita península, por haberse visto sacrificada a la tiranía francesa por los Azanzas, Urquijos, Caballeros, Mazarredos etcétera, inundada de traidores, y entregadas con alevosía Madrid, Valladolid, Sevilla y otras ciudades de menor

---

rango.

NOTA AL FOLIO 727 El R. P. Presentado fray José de Prado, natural de Andalucía floreció en esta ciudad en toda clase de virtudes, principalmente las sociales y de pública edificación; a cuyo intento se propuso por ejemplar al apostólico venerable varón padre fray Diego de Cádiz, y cuyos escritos eran su pan cotidiano. Su mayor elogio está cifrado en esta palabras, que tomadas de otro varón apostólico dijo en cierta ocasión con su acostumbrada jovialidad a un su confidente: “Cada uno hará de lo suyo lo que quiera; y como yo soy de los señores prójimos, que hagan sus mercedes de mí lo que se les antojare.” Así es que participaron con amplitud del fruto de sus tareas y de su caridad los ingleses protestantes prisioneros, tanto los que se convirtieron a nuestra santa fe católica, como los que se regresaron renuentes, de los cuáles alguno le escribía desde Veracruz con buenos sentimientos; los penitentes ya en las santas casas de ejercicios, y ya en el confesionario; pero principalmente los comerciantes, de que la mayor parte vivía a su dirección y resoluciones tan útiles a este público como todos experimentamos; las religiosas en el confesionario, en el púlpito, en la promoción del culto divino, y aún en otros puntos de economía doméstica; los moribundos y sus albaceas, de cuyos aciertos y desinterés se pudiera citar un ejemplar de extraordinario mérito; los religiosos sus hermanos, y aún los de otras sagradas religiones; y en fin el venerable clero secular, cuyo decoro, aumento y glorias hacían las delicias del padre Prado; y cuya estimación y fina amistad quiso el señor premiar con llevarlo a morir inopinadamente al oratorio de San Felipe Neri, con motivo de ir a dar una tanda de ejercicios espirituales, que no comenzó; pues tomando interés las dos venerables congregaciones hermanadas de San Felipe y de nuestro padre San Pedro, dispusieron un muy solemne entierro, que más parecía procesión de penitencia por la confusión y sentimiento universal; habiéndose hecho cargo este comercio de completar la

obra, costeándole unas suntuosas honras a los nueve días, en que a más de la función principal se celebraron muchísimas misas desde las cinco de la mañana hasta las doce del día por el bien de su alma. Todo lo cual sea dicho en elogio suyo, sin que parezca querer prevenir el juicio de nuestra santa madre la Iglesia, *cui me libentér submitto*.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602